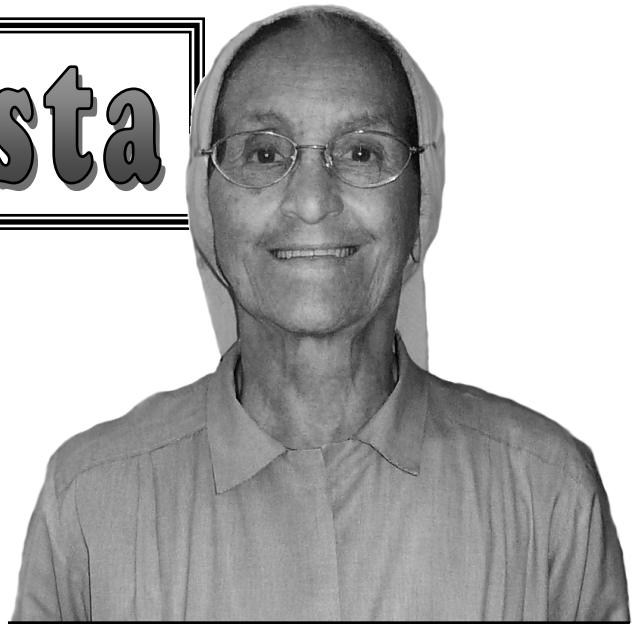


La Entrevista

Por: Caridad Zayas

Muy cerca de Santiago de las Vegas, en un sitio llamado El Rincón, vive y trabaja una cubana consagrada a Dios y a sus hermanos más necesitados, entregando lo mejor de sí misma cada día para aliviar el sufrimiento y el dolor de aquellos que se encuentran en el Hospital Dr. Guillermo Fernández Hernández-Baquero aquejados de la enfermedad de Hansen.



Durante más de 43 años, Sor Flora María Mira García, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, acompaña, auxilia y, fundamentalmente, ofrece su amor solidario a los enfermos y a sus familiares. Hoy NOSOTRAS se acerca a Sor Flora para conocer de su misión asistencial y pastoral.

¿Cuándo comenzó su labor de acompañamiento y cuidado a los enfermos y cuáles eran las características de su trabajo?

En 1962, de la mano de Sor Carmen Cuevas llegué al Rincón como Postulante para aprender la dinámica de trabajo del hospital, atendido por las Hijas de la Caridad desde 1854; recuerdo que fue un 16 de julio, día de nuestra Señora del Carmen. Acá comenzó mi etapa de preparación en una Comunidad que tiene a los más pobres como primera opción. También aquí comencé a adquirir habilidades necesarias para la enfermería como lo son inyectar en venas, tener mucha paciencia porque los enfermos así lo requieren y conocerlos para con ello aliviar más eficazmente su dolor. Después de ocho meses de estancia, pasé al Seminario para continuar mi formación y luego comencé en el Hospital Católicas Cubanas, propiedad de Las Hijas de la Caridad y del que tuvimos que marcharnos cuando ocurre la intervención en 1964.

Recuerdo que la mensualidad a pagar era de 2 pesos al mes y con ello existía una mayor posibilidad de que se atendiese a un mayor número de personas. Con este fin, se construyó en la planta alta del hospital una sala muy confortable para que viviesen las adultas mayores asociadas. Suplíamos no sólo sus necesidades materiales gratuitamente sino también, por supuesto, buscábamos su bien espiritual y las apoyábamos con cariño.

Era lo menos que podíamos hacer con estas hermanas ancianas ya. En Las Católicas me inicié en el campo de la radiología y dirigía la catequesis en la parroquia El Salvador, en el Cerro.

Me iban preparando como Hermana sirvienta, y por ello pasé luego a Sagua la Grande para atender pastoralmente y ayudar en todo lo que se pudiera en Corralillo, Sierra Morena, Rancho Veloz y Sagua. Pero el Señor quiso que volviera al Rincón en 1970 ya como consagrada.

Las condiciones materiales del hospital eran precarias, Sor Mercedes Sánchez realizaba todas las acciones posibles para garantizar la alimentación de los enfermos. No se contaba con ninguna ayuda para alimentos ni medicinas, teníamos que buscarlos. La Dirección y la administración hacían lo que podían pero el peso lo llevamos nosotras. Sólo había dos enfermeras; una, en la sala de los hombres y otra, en la sala de mujeres. En realidad todo era a sangre y fuego. Nos levantábamos a las 4 a.m. Nuestra misa era a las 5 a.m., desayunábamos y comenzaba el trabajo en las salas. Aseábamos a todos los enfermos y luego las curaciones y medicamentos hasta las 11 a.m., para volver a las salas hasta las 3 p.m. y luego comenzar otra sesión de trabajo pues no había veladores ni nadie más con quien contar. A partir de las 3 p.m. que se retiraban las dos enfermeras, todo quedaba a cargo de Las Hijas de la Caridad.

El tiempo ha pasado, ¿cuáles son las características de su trabajo en la actualidad?

Hoy, el leprosorio ha cambiado. El ritmo del trabajo es más reposado pues se cuenta con un personal especializado acorde a las necesidades, incluso, de otras provincias llegan enfermeras a apoyar y a tomar experiencias. Trabajamos muy cohesionadas con La Dirección y la Administración, en franca armonía, sobre la base del respeto mutuo. Recibimos donaciones que se le facilitan también a quienes acuden a solicitar medicamentos. Y vamos ejecutando la reparación de las salas y del resto de las instalaciones gracias a Dios y a los peregrinos que con sus contribuciones ayudan en la realización de este empeño. Continuamos construyendo y reformando..., un ejemplo, entre otros: la sala de mujeres cuya estructura era un salón corrido se ha remodelado. Ahora consta de cuartos individuales y de dos personas, cosa que es muy bueno para ellas; cada aposento cuenta con una lavadora. En general, prevalece el trato amable y el cariño hacia todos y ello se respira. Los pacientes quieren mucho a Unises, directora del hospital y a Ventura, el administrador.

La entrega incondicional de Las Hijas de La Caridad ante cada actividad que desempeñan es altamente valorada y respetada por el pueblo. ¿Puede citar algún momento significativo para usted?

Cuando comencé, me impresionaba el estado en el que se hallaban los pacientes porque la enfermedad es muy fuerte; en una etapa de la afección las articulaciones se van desprendiendo. Canalizar una vena me conmovía; los amaba pero sentía miedo tocarlos. Y le pedía ayuda a Jesús, una prueba para mí. Entonces, un día antes de las 3 p.m. llamaron porque un paciente se hallaba muy grave y tuve que acudir a la sala, sostenerle el brazo, canalizar vena y todo ello lo realicé serena, conjuntamente con otra Hija de la Caridad. Esa era mi prueba. Supe que este era mi lugar y aquí serviría a mis hermanos. A partir de ese momento el miedo desapareció y la entrega fue plena.

¿Qué mensaje enviaría a los enfermos de Hansen y a sus familiares?

A todos les diría que Dios los ama, que no sientan tristeza. Hoy con valentía, muchos casos han vencido la enfermedad y trabajan de manera activa. Los medicamentos han hecho posible que la afección no avance. A la familia le hago un llamado: dedíquenles más tiempo y den más afecto.



El Beato Juan Pablo II en su visita a nuestro país en 1998 se reunió con un grupo de enfermos, “Encuentro con el mundo del dolor”, en el Santuario “El Rincón”.

Si tuviese la oportunidad de dar marcha atrás a su vida, ¿qué haría usted?

Por supuesto, haría lo mismo. Cada persona tiene su alianza con Dios y él le da a cada uno lo mejor.

Mis padres me contaban que desde pequeña siempre estaba atenta para acompañar y servir a los otros. Ellos me educaron sobre la base de principios básicos como son la solidaridad y el respeto. Desde la cuna fui aprendiendo a amar a Dios y al prójimo. Contribuir al bien me proporciona felicidad y descubro a Cristo en los más vulnerables y a ellos me doy, acompañándolos y aliviando, en alguna medida, su situación. Voy a compartir una de las experiencias vividas aquí: Un día, desde Guantánamo, llegó una niña casi deshecha por la enfermedad; la cuidamos mucho y gracias a Jesús sanó. Yo la bauticé y junto a mí aprendió a leer, a coser y a escribir; la preparé para la vida. Se casó y vive en uno de los apartamentos matrimoniales.

A cincuenta años de vida consagrada puedo decir plenamente que esta es mi vocación, mi camino.